

Jean Longuet
León Trotsky
18 de diciembre de 1919

(Versión al castellano desde “Jean Longuet. Lettre du 18 décembre 1919”, en *Le mouvement communiste en France (1919-1939)*, Les Éditions de minuit, París, 1967, páginas 67-74, también para las notas. Publicado en *L’Internationale communiste*, nº 7-8, noviembre-diciembre de 1919, p. 1003; *Bulletin communiste*, nº 12, 3 junio de 1920 p 5)

Ayudada por un feliz accidente, la proverbial amabilidad de Jean Longuet ha puesto ante mis ojos el acta taquigráfica del discurso pronunciado el 18 de septiembre (dos meses antes de las elecciones) por el honorable diputado en la tribuna de la cámara francesa¹. Este discurso se titula “¡Contra la paz imperialista! ¡Por la revolución rusa!”. La lectura de este folleto me ha sumergido durante media hora en el corazón mismo del parlamentarismo en esta época de decadencia de la república burguesa.

Me ha recordado el saludable desprecio que manifestaba Marx hacia la atmósfera emponzoñada del parlamento.

Visiblemente deseoso de ganarse inmediatamente la benevolencia de sus adversarios, Longuet comienza evocando ante sus colegas la moderación y cortesía que siempre le han acompañado en el seno de la honorable asamblea. Se adhiere plenamente a las “consideraciones tan juiciosas que nuestro colega Viviani acaba de desarrollar con una tan notable elocuencia”. Sin embargo, cuando Longuet intenta servirse del bisturí de su crítica, los más cínicos chillones del nacionalismo le espetan en la cara “Alsacia-Lorena”. Pero el espíritu de conciliación, virtud cardinal de Jean Longuet, le obliga a buscar ante todo un terreno de entendimiento con el enemigo. ¡Alsacia-Lorena! ¿Acaso el mismo Longuet no acaba de decir que saluda en el tratado de paz toda una serie de afortunados párrafos? “Se acaba de aludir a Alsacia-Lorena. Estamos de acuerdo al respecto”, y Jean Longuet guarda en el bolsillo de su chaleco un bisturí que más bien parece una lima de uñas.

Para su examen del tratado de paz, Longuet adopta como criterio la idea de patria tal cual está definida por Renan, ese jesuita reaccionario y ateo. Longuet pasa de Renan, que le debe procurar la comunión con el parlamento nacional, al “derecho de los pueblos a disponer de sí mismos”, “proclamado por la revolución rusa y adoptado por el presidente Wilson”. Precisamente ese principio, sí, señores, ese generoso principio de Renan, de Lenin y de Wilson, es el que Jean Longuet quisiera ver inscrito en el tratado de paz. Pero, “en cierto número de casos [sic], ese derecho de las nacionalidades a disponer de sí mismas no ha sido sancionado”, por lo que Longuet se declara apenado.

Este orador tan cortés es tratado, sin embargo, de abogado de Alemania por groseros interpelantes. Jean Longuet se defiende enérgicamente ante la acusación de abogado de la causa de Alemania, es decir de apoyar a un pueblo aplastado y oprimido contra la Francia o, más aún, contra los verdugos que gobiernan y deshonoran a Francia.

“Mis amigos en Alemania, exclama Longuet, son los que se rebelan contra el káiser, los que han sufrido años de prisión, y de los que algunos de ellos han ofrecido su vida por la causa que defendemos”. ¿De qué causa se trata justamente? ¿La de la burguesía? Longuet olvida precisarlo. Los cadáveres de Liebknecht y de Rosa Luxemburg le sirven de escudo contra los ataques de los imperialistas franceses. En vida, los héroes del comunismo alemán renegaban de los Longuet de toda especie y los

¹ Una nota del *Bulletin* precisaba que se trataba de un solo discurso pronunciado por Jean Longuet en la Cámara de Diputados tras la declaración de guerra.

censuraban, esos Longuet uncidos al carro nacionalista desde el que reinaba el zar. Muertos, son habilidosamente acaparados por este hombre que saca de ellos, deshonestamente, gloria ante los trabajadores franceses.

Jean Longuet habla después del “elocuente discurso de nuestro amigo Vandervelde”. Tres cortas líneas de texto separan el recuerdo del martirio de Liebknecht y Rosa Luxemburg de la referencia a “nuestro amigo Vandervelde”. Cuando la vida ha abierto un abismo entre Liebknecht y Vandervelde, dejando subsistir entre estos dos hombres únicamente el desprecio del revolucionario hacia el renegado, el amable Longuet abarca en el mismo abrazo al héroe y al renegado. Esto no es bastante. A fin de darle fuerza de ley a su respeto parlamentario hacia Liebknecht, Longuet llama al rescate al ministro del rey, Vandervelde que ha proclamado (¿quién podría saberlo mejor que él?) que dos hombres han salvado el honor del socialismo alemán: Liebknecht y Bernstein. Pero Liebknecht trataba a Bernstein de miserable lacayo del capitalismo. Pero Bernstein trataba a Liebknecht de loco y criminal. ¿Cómo salir del dilema? Ante ese parlamento agonizante, en esta atmósfera artificial de mentira y prejuicios, Jean Longuet une cortésmente y sin esfuerzo a Liebknecht, Vandervelde y Bernstein, como unía hacía poco a Renan, Lenin y Wilson.

Pero los agentes parlamentarios del imperialismo no muestran ningún interés en seguir al elocuente Longuet en el terreno de entendimiento al que se propone llevarlos. No, no cederán ni un palmo en su posición. Sea cuál sea la opinión de Vandervelde sobre Liebknecht y Bernstein, los socialistas belgas han votado a favor del tratado de paz: “Responda, señor Longuet, ¿los socialistas belgas han votado a favor del tratado de paz? ¿Sí o no?” (*¡Muy bien, muy bien!*) Ahora bien, el mismo Jean Longuet, a fin de redorar un poco tardíamente su blasón socialista, se prepara para votar contra el tratado del que ha preparado la elaboración con toda su actitud anterior. Por ello simplemente se abstiene de responder al interrogante “¿Sí o no?” Jean Longuet se calla. Aquellos hechos que no se enuncian en la tribuna parlamentaria son tenidos como inexistentes. Nada obliga a Jean Longuet a dar a conocer las acciones indecentes de su “elocuente amigo Vandervelde”, mientras que es extremadamente cómodo citar sus discursos trabajados con esmero, ¡de pulido estilo!

¡Y además! ¡Vandervelde! ¡Bélgica! ¡La violación de la neutralidad belga! “Sobre esto somos unánimes”, Todos repudiamos este ataque a la independencia de un pequeño país. Es cierto que los alemanes también han protestado (un poco tarde). Por desgracia tal es el curso de la historia. “La conciencia del pueblo, oprimido y engañado, sólo se despierta lentamente, por grados”, explica melancólicamente Longuet. ¿No ocurría acaso lo mismo, hace ahora cuarenta y siete años, bajo el Imperio?

Y en el momento en que los vigilantes lacayos del capitalismo ponen la oreja preguntándose si Longuet no iba a decir: “¿Nuestro propio pueblo no sufre acaso hoy en día vuestro yugo? ¿No está engañado, aplastado y envilecido por vosotros? ¿No han hecho ustedes de él el verdugo de las naciones? ¿Se ha vivido jamás una época en la que un pueblo haya ejercido, con la violencia y tiranía de sus gobiernos, un papel más criminal, miserable y deshonesto que el papel ejercido en la actual hora por el pueblo francés completamente esclavizado?”, en ese momento preciso, el muy hábil Longuet abandona galantemente al pueblo francés de 1872 para denunciar a la camarilla criminal que engaña, oprime y violenta al pueblo no en el gobierno victorioso de Clemenceau sino en el de Napoleón III, desde hace mucho tiempo ya abatido y cuyas vilezas han sido desde entonces infinitamente superadas.

Pero he aquí que de nuevo brilla en las manos de nuestro diputado el inofensivo bisturí de bolsillo. “Ustedes sostienen a Noske y a sus 120.000 soldados que el día de mañana pueden constituir contra nosotros los cuadros de un potente ejército”. ¡Sorprendente reproche! ¿Por qué estos representantes de las finanzas no habrían de apoyar a Noske, centinela de la Bolsa alemana? Les une un odio común contra el

proletariado. Pero Jean Longuet no plantea esta cuestión capital. Prefiere asustar a sus colegas con el temor de que el ejército de Noske intervenga “contra nosotros”. ¿Contra quién? Noske asesinó a Rosa Luxemburg, Liebknecht y a los espartaquistas. “Contra nosotros”, ¿puede que sea contra los comunistas franceses? Ciertamente no, pero sí puede ser muy bien contra la III República, contra la razón social Clemenceau-Barthou-Briand-Longuet.

Y he aquí que reaparece Alsacia-Lorena. De nuevo, “en eso somos unánimes”. Es una lástima que no se haya realizado un plebiscito. Y mucho más teniendo en cuenta que “nosotros” no tenemos nada que temer. Por otra parte, se celebrarán las próximas elecciones. Y entretanto, M. Millerand habrá cumplido en Alsacia-Lorena el trabajo preparatorio de educación y depuración a fin que el futuro plebiscito pueda reconciliar definitivamente la conciencia jurídica (talmente cortés) de Jean Longuet y las realidades de la política Foch-Clemenceau. Jean Longuet únicamente suplica que el trabajo de depuración se haga guardando las proporciones, a fin de no “disminuir las profundas simpatías de Alsacia y Lorena hacia Francia”. Suavícese usted, señor Millerand, y todo se hará para bien en el mejor de los mundos.

El capital francés se ha apoderado de la cuenca carbonífera del Sarre. Allí ya no es cuestión de la “reparación de los ataques contra el derecho”, y ningún celoso informante ha descubierto en ese lugar “profundas simpatías”. Estamos en presencia de un acto de bandidismo cometido abiertamente. Longuet está apenado. Longuet está afligido. Y su aflicción no se alimenta exclusivamente de consideraciones humanitarias. “El carbón de la cuenca del Sarre”, nos dice, “no es, según los informes de los expertos, de la mejor calidad”. ¿No podríamos, pregunta Longuet, obtener de Alemania crucificada el carbón que necesitamos y tomarlo de la cuenca del Ruhr donde éste es de una calidad infinitamente superior? Ello nos habría evitado debates parlamentarios sobre el derecho de las nacionalidades a disponer de sí mismas. El señor diputado no está desprovisto en absoluto del sentido práctico.

Naturalmente, Jean Longuet es internacionalista. Lo proclama, ¿y quién podría saberlo mejor que él mismo? Pero ¿qué es un internacionalista? “Nunca lo hemos entendido como significado de una disminución de las patrias y la nuestra es bastante bella para no necesitar que se le contrapongan los intereses de cualquier otra nación.” (Coro de amigos: ¡*Muy bien, muy bien!*). El internacionalismo de Jean Longuet no piensa de ninguna manera impedirle a esta bella patria, donde ahora reinan los Foch y los Clemenceau, utilizar el carbón (de excelente calidad) de la cuenca del Ruhr. Solamente pide que se respete la forma parlamentaria que nos vale, vea usted, la aprobación de todos nuestros amigos.

Jean Longuet pasa enseguida a Inglaterra. Si para apreciar la política de su propio país Jean Longuet se escuda tras Renan, para descender a la arena de la política británica se hace acompañar por la más respetable de las compañías. Teniendo que hablar de Irlanda, “¿No nos estaría permitido hacer memoria de los grandes hombres de estado ingleses, Gladstone y Campbell-Bannermann?” Si Inglaterra hubiese acordado la autonomía para Irlanda², nada hubiese impedido a los dos países formar una federación. Habiendo asegurado así, con los métodos del ilustre Gladstone, la felicidad de Irlanda, Jean Longuet tropieza con nuevas dificultades. Francia también tiene su Irlanda, Longuet nombra a Túnez. “Me permitirán ustedes, señores, recordarles que este país ha ofrecido a Francia, en el curso de la guerra, los más nobles y pesados sacrificios. De los 55.000 combatientes que Túnez dio a Francia, 45.000 han resultado muertos o heridos; esta nación ha conquistado con sus sacrificios el derecho a más justicia y más libertad.”

² En 1886, Gladstone, antiguo conservador convertido en liberal, había proyectado acordar la autonomía (*home rule*) para Irlanda pero se lo impidió la defección de una importante parte de los diputados liberales.

(Coro de amigos: ¡Muy bien, muy bien!). Pobres árabes tunecinos arrojados por la burguesía francesa en el crisol ardiente de la guerra, triste carne de cañón que, sin la menor luz de conciencia, perecía en el campo de batalla de Somme o del Marne (como caballos importados de España o vacas de América), esta repugnante mancha en el inmundo cuadro de la gran guerra es presentada por Jean Longuet como un noble y gran sacrificio que debe recompensarse con la otorgación de algunas libertades. Tras un tierno desvarío sobre el internacionalismo y el derecho de las nacionalidades a disponer de sí mismas, he aquí que se discute el derecho de los árabes tunecinos a una libertad inferior, a una gratificación que la Bolsa francesa, generosa pues está saciada, cediendo a las solicitudes de uno de sus artesanos parlamentarios, ¡arroja a sus esclavos!

Por fin nos dirigimos a Rusia.

Con el tacto propio de él, Jean Longuet dirige en primer lugar un profundo saludo al mismo Clemenceau: “¿Acaso no hemos aplaudido aquí unánimemente al señor Clemenceau cuando nos leyó desde lo alto de la tribuna el párrafo que anula el vergonzoso tratado de Brest-Litovsk?” En el recuerdo del tratado de Brest-Litovsk, Jean Longuet pierde su autocontrol. Trueno: “La paz de Brest-Litovsk se mantiene como un monumento de la ignominia y bestialidad del militarismo prusiano.” Las manos de Longuet lanzan rayos parlamentarios contra el tratado de Brest-Litovsk, destrozado hace ya tiempo por la revolución, componiendo, mediante delicadas operaciones críticas del honorable diputado sobre la paz de Versalles, un fondo del más hermoso de los efectos.

Jean Longuet es partidario de la paz con la Rusia de los soviets. No hace falta decir que no aconseja ningún compromiso. ¡No lo quiera Dios! Longuet conoce admirablemente el buen camino para llegar a la paz. Es el que traza el mismo Wilson cuando envía a la Rusia soviética a su encargado de negocios, M. Bullitt³.

El alcance y el objetivo de la misión Bullitt son ahora bastante conocidos. Sus condiciones no hacían más que repetir, agravándolas, las cláusulas dictadas en Brest-Litovsk por von Kühlmann y Czernin⁴. En él, se consagraban el desmembramiento de Rusia al mismo tiempo que su pillaje económico. Pero... busquemos mejor otro tema para nuestras variaciones oratorias. Wilson es (¿quién no lo sabe?) partidario del derecho de las nacionalidades a disponer de sí mismas mientras que Bullitt... “Considero al señor Bullitt como a un hombre de los más correctos, honestos y bien intencionados.” ¡Qué agradable es conocer por el señor Longuet que la raza de los justos no se ha extinguido todavía en la Bolsa estadounidense y que todavía, en el seno del parlamento francés, hay diputados capaces de estimar en su justo precio la virtud estadounidense!

Habiendo hecho justicia a los señores Clemenceau y Bullitt en cuanto a su buena disposición hacia Rusia, Longuet no le niega tampoco su aprobación a la República de los Soviets. “Nadie puede creer [dice] que el régimen de los soviets haya podido mantenerse durante dos años si no tuviese a su favor a las masas profundas del pueblo ruso. Sin ese apoyo no hubiese podido formar un ejército de 1.200.000 hombres, dirigido por los mejores oficiales de la antigua Rusia y que combate con el entusiasmo de los voluntarios de 1793.” Llegamos al punto culminante del discurso de Jean Longuet. Recordando los años de la Convención, se sumerge en la tradición nacional, la

³ William Bullitt, miembro de la delegación estadounidense en París, en febrero de 1919 recibió el encargo de Wilson para una misión secreta de información, cerca del gobierno soviético, sobre las posibilidades de concluir la paz sobre la base del *statu quo* territorial. Mantuvo numerosas entrevistas con Lenin y regresó llevando una contrapropuesta soviética que no fue definitivamente examinada. Más tarde, embajador de los Estados Unidos en Francia, después representante del presidente Roosevelt en África del Norte durante el desembarco aliado; acabaría siendo uno de los diplomáticos estadounidenses más resueltamente antirusos.

⁴ Von Kühlmann y el conde Czernin eran los representantes alemán y austríaco que sesionaron en la conferencia de Brest-Litovsk y que dictaron las condiciones draconianas que el gobierno soviético tenía que aceptar para obtener la paz.

utiliza para disimular el antagonismo de clases, comulga con Clemenceau en sus recuerdos heroicos (y crea, bajo mano, la fórmula histórica para una justificación de la aprobación por Europa de la república de los soviets y de su ejército).

Tal es Longuet. Tal es el socialismo oficial francés. Tal es, en su expresión más “democrática”, el parlamentarismo de la III República. Rutina y fraseología, mentiras endulzadas, vueltas y rodeos de un abogadillo que confunde la baja altura de su tribuna para haraganes con la inmensa arena de la historia.

En la hora en la que se ha entablado la lucha violenta de las clases, en la que las ideas históricas, armadas hasta los dientes, se juegan su futuro a la suerte de las armas, los “socialistas” del tipo Longuet son una insultante mofa. Acabamos de verlo: Longuet dirige un saludo a derecha, una reverencia a izquierda, una plegaria a Gladstone. Se inclina ante Marx, su abuelo, que despreciaba y odiaba al hipócrita Gladstone, hace el elogio de Vandervelde, el hombre de paja del zar, primer presidente del consejo de la guerra imperialista. Asocia Renan y la revolución rusa, Wilson y Lenin, Vandervelde y Liebsknecht, basa el “derecho de los pueblos” en el carbón del Ruhr y los esqueletos de los árabes de Túnez; después, habiendo cumplido todas esas maravillas, ante las cuales tragar estopa en llamas es sólo un juego infantil, se convierte él mismo en la encarnación cortés del socialismo oficial, el máximo exponente del parlamento francés.

¡Estimado amigo! Ha llegado el momento de acabar con este largo malentendido. Tareas demasiado serias le esperan a la clase obrera, y le esperan en condiciones demasiado difíciles como para que uno pueda tolerar ya el acoplamiento del miserable longuettismo y de esta potente realidad: la lucha del proletariado por el poder.

Por encima de todo necesitamos claridad y verdad. Es necesario que cada obrero sepa muy bien dónde están sus enemigos, dónde están sus amigos, quiénes son los camaradas de armas en los que puede confiar y quiénes son los traidores. Liebknecht y Rosa Luxemburg son de los nuestros. Longuet y Vandervelde deben ser implacablemente rechazados, devueltos a la burguesía corrompida de la que tratan vanamente de separarse para intentar conservar un lugar en la ruta clara que lleva al socialismo. Lo que exige nuestra época son pensamientos claros y palabras francas que preludien gestos francos y actos claros. Lejos de nosotros los ajados decorados del parlamentarismo, sus claroscuros, sus ilusiones ópticas. Lo que es necesario es que el proletariado francés aspire a pleno pulmón el aire de sus calles llenas de luz y de valentía, que tenga en la cabeza ideas claras, una firme voluntad en el corazón, un buen fusil entre las manos. Curarse del longuettismo, he ahí la tarea más imperiosa y más urgente, ordenada por la higiene pública. Y por ello, replicando al discurso de Longuet, me veo animado por sentimiento que el excesivamente cortés lenguaje parlamentario no puede expresar con bastante virilidad. Pero, al final de mi carta, pienso con alegría en la magnífica obra de limpieza que el ardiente proletariado francés llevará a cabo en el viejo edificio social, sucio e infectado de basura por la República burguesa, desde el momento en que aborde la solución a su última tarea histórica.

León Trotsky
Moscú, 18 de diciembre de 1919

Edicions internacionals Sedov



Visita nuestra página web: www.grupgerminal.org
Para contactar con nosotros: germinal_1917@yahoo.es